

## El narrador que era Felipe Mellizo

POR Miguel Ángel Aguilar, PERIODISTA

**Sin dejar de recordar algunas de las anécdotas más curiosas de la biografía de Felipe Mellizo, primer director de Comunicación de Enresa y gran impulsor de esta revista,** Miguel Ángel Aguilar alaba el talento y el magisterio periodístico de quien siempre fue “ajeno a la feria de las vanidades” y sentó cátedra, sin pretenderlo, como uno de los más añorados conductores de lo que se ha denominado “telediarios de autor”. ■

FUI LLAMADO A ESTAS PÁGINAS para hablar de Felipe Mellizo. Recibí el llamamiento hace unos días precisamente en Córdoba, donde vino a nacer nuestro amigo el 8 de noviembre de 1932, para dejarnos solos en Madrid a la altura del 2000 —va para doce años—, cuando aún le faltaban meses para anotarse los sesenta y ocho. Iba por delante de nosotros en edad, saber y desgobernado. No era fácil venir de un padre ingeniero de Caminos y represaliado después de la guerra incivil de 1936. Otra cosa es que sus saberes técnicos terminaran por prevalecer y fuera rehabilitado para el ejercicio de su profesión. La acreditó hasta la excelencia en la construcción de presas como la del pantano de Aulencia, a dos tiros de piedra de Madrid. La casa familiar en el barrio de Salamanca predestinaba a Felipe y a su hermano Carlos a los pupitres del Colegio del Pilar, que regentaban los marianistas en la manzana formada por las calles de Príncipe de Vergara, Ayala, Castelló y Ramón de la Cruz. Felipe fue para siempre *pilarista*, como su amigo y compañero de aquel aula Francisco Fernández Ordóñez.

El Colegio del Pilar acogía a lo más granado del barrio de Salamanca. Carlos Mellizo recuerda que, una mañana, el director entró en su clase y dijo que levantarán la mano aquellos alumnos

cuyos padres fueran subsecretarios y lo hicieron tres. Luego, con la democracia, se averiguó retrospectivamente que en sus aulas se habían formado y deformado, por ejemplo en el ámbito periodístico, Luis María Anson, Juan Luis Cebrián o Fernando Savater, todos ellos directores de la revista *Soy pilarista*, que hacía las delicias de los colegiales. A primeros puestos de la política llegaron también Rafael Arias Salgado, Javier

nato en un piso de la calle Lope de Rueda de Madrid. Recordemos, como suele repetir Anson, que “el fruto sano se zocatea enseguida si no se le separa a tiempo del que está cedizo”.

Su trayectoria de corresponsal en Londres constituía un recuerdo imborrable para quienes coincidieron con él en la capital británica. Jesús Pardo podría consumir un turno interminable sobre ese narrador extraordinario que era Felipe Mellizo. Tomaba apuntes del natural o los suplía con imaginación, donde sumaba elementos de su pura invención con otros perfectamente verificables, para desconcierto maravillado de sus lectores a distancia o de sus colegas en la mesa de la redacción o del café de la esquina. Se contaban episodios admirables como, por ejemplo, sus crónicas de grandísimo éxito del torneo de tenis que se celebraba en Wimbledon, escritas con una pasión contagiosa desde su pequeño apartamento en El Escorial. En esa línea fue emulado por Lorenzo López Sancho, quien regresado de la corresponsalía en París fue nombrado jefe de Deportes del diario *ABC*. Su estreno como cronista fue un partido de Copa de Europa del Real Madrid en el estadio Bernabéu, al que no asistió porque se le cruzó una novia con la que pasó la tarde en una *suite* del hotel Eurobuilding. Ayudado por un transistor, siguió el desarrollo del encuentro de

“Felipe Mellizo era un narrador sin par. Un derroche de talento. Un caballero deslumbrante”

Solana, José María Aznar, Rodrigo Rato, Juan Villalonga, Alfredo Pérez Rubalcaba y *tutti quanti*. Además de algún predecesor sonado, como José María Jarabo Pérez Morris, sobrino de Francisco Ruiz-Jarabo, que llegó en 1968 a presidente del Tribunal Supremo y en 1973 a ministro de Justicia. Nadie es responsable de sus sobrinos, tampoco los marianistas de la conducta posterior de sus pupilos, pero a este le dieron garrote en 1958, reo de un cuádruple asesinado

manera entrecortada. Pero después hiló un texto que, al día siguiente, llevó al director Torcuato Luca de Tena a felicitarle de manera sonora en la redacción. Lorenzo, como esa quiero todas tus crónicas, le dijo.

Habitados como estamos a los maquinadores argentinos, a los vendedores de tranvías, a los *caniches* que pugnan por convencernos que allá eran *dóbermans* para darnos un sablazo, Felipe era una sorpresa desconcertante. Cuando llegué como director de Información a la agencia Efe, le propuse a Felipe Mellizo que asumiera la jefatura de la sección de Cultura. Aceptó con la condición de que fuera su segundo Jesús Pardo. No era problema. Al día siguiente me llamó desde La Coruña para decirme que rehusaba, porque le sería imposible trabajar con Jesús. Entre sus colaboraciones figuraban de modo destacado las críticas de libros, que se publicaban en un sinnúmero de diarios. Un día vino a verme al despacho y me contó que esa mañana había pasado reconocimiento en el servicio de cardiología del Hospital Clínico, dirigido entonces por mi amigo el doctor Pedro Zarco. Me dijo que padecía una isquemia y se demoró en describirme la enfermedad con todo detalle. También añadió que la supervivencia que le daban estaba cifrada en un año.

Pensé que iba a pedirme que la agencia le diera algún permiso o le facilitara algún anticipo. Pero fuese y no hubo nada. Llamé enseguida al doctor Zarco para interesarme por Felipe Mellizo, a quien conocía bien. Negó de plano que hubiera estado en su servicio, que hubiera sido reconocido por él o por cualquiera de los otros médicos que lo integraban. Insistí y me aseguré que él era el primero en llegar al Clínico y el último en marcharse y que, antes de hacerlo, revisaba el libro de los pacientes atendidos. Se trataba, pues, de una invención muy bien tramada, al servicio de la mera narración que había logrado captar por completo mi atención. Carecía de propósito práctico alguno y su verosimilitud surgía de la suma de elementos rea-



Felipe Mellizo fue el primer director de Comunicación de Enresa y gran impulsor de ESTRATOS.

les y de pura ficción, dosificados con la maestría que sabía desplegar.

Felipe Mellizo prestó sus servicios a la Sociedad Estatal para el V Centenario. Cuando le llamaban, sus colegas aseguraban que no estaba a la vista pero que sin duda era imposible que anduviera lejos. Ha dejado su chaqueta en el respaldo de su silla y tiene encima de la mesa su cuaderno y su bolígrafo. Después se supo que, tras estas maniobras

preparatorias, salía para tocar el piano en un bar donde le esperaban los amigos. Otras veces pretextaba una cita con su compañero de pupitre y entonces ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández Ordóñez, sin que fuera visto en el Palacio de Santa Cruz. Pero le bastaban algunas ráfagas de su talento para justificar de sobra los estipendios recibidos. Años después dirigió de manera asombrosa uno de los telediarios de

TVE. Un telediario de autor que terminaba con música, donde hacía una síntesis noticiosa admirable.

Un día recibí la llamada de Luis Mariñas, entonces director de los informativos de Tele 5. Me propuso que reemplazara a Felipe Mellizo, quien debía abandonar su puesto al frente de los informativos de fin de semana. Alegaba Felipe que le vencía el plazo de la excedencia que tenía en el Ministerio de Asuntos Exteriores y que el oficial mayor le había conminado a que se reintegrara a su plaza. Nunca había sabido que tuviera semejante plaza. Llamé a Inocencio Arias, entonces director de la Oficina de Información Diplomática, la famosa OID. Le referí el caso y al día siguiente, hechas las averiguaciones pertinentes, *Chencho*, como le llamábamos, me dijo que lo aducido por Felipe era imaginario. Aclaró que años atrás se le encomendó un informe sobre la República Dominicana y que, una vez entregado y retribuido, nunca había tenido más relación con el Ministerio. Pero todo fue inútil, porque abandonó el puesto después de entregarme las llaves y presentarme a la audiencia una noche como su sustituto. Interesante averiguar adónde fue a continuación. Qué puesto más ventajoso le esperaba. Pues ninguno. Y empezaron a cortarle la luz y el teléfono por falta de pago.

Volví a coincidir con Felipe en la noche de Radio Nacional de España, donde su director, Diego Carcedo, le había encomendado dirigir el informativo y moderar a continuación una tertulia que empezaba a las doce en los estudios de Prado del Rey. Llegaron los

## M I H E R M A N O

por *Carlos Mellizo*

Ahora que pasa el tiempo más despacio  
y que tiene más sitio la memoria,  
me acuerdo con frecuencia de mi hermano.  
No hay normas fijas para hacer que venga,  
se me aparece sin motivos claros.  
De pronto resucita de la muerte  
que nos lo arrebató hace tantos años,  
y vuelve para estarse con nosotros  
y conversar de sus asuntos clásicos:  
Bola de Nieve, los versos de Walt Whitman,  
un relato de Borges o de Sábato,  
tal o cual episodio de su invento,  
generalmente insólito y fantástico;  
historias de viajes y de tenis,  
cuentos de desenlace inesperado.  
Sorprender, asombrar, dar aire nuevo  
al existir ramplón y chabacano  
que todos padecemos cada día,  
por el hecho de haber nacido humanos.  
Siempre quiso Felipe ser distinto,  
diferente en lo bueno y en lo malo.  
Felipe tan simpático y alegre;  
Felipe tan sombrío y tan amargo.

No hay razón que lo explique, como digo,  
pero me acuerdo mucho de mi hermano.  
De pronto, sin anuncio, me visita  
y aquí lo tengo, vivo y a mi lado,  
lo mismo que si fuese de verdad  
y de verdad estuviésemos hablando.

(*Agosto, 2011*)

bárbaros y se deshicieron de todos. Bien lo presentía Darío Valcárcel y el ex ministro José Pedro Pérez Llorca, que, junto a diputados del PNV y de todo el arco parlamentario, se sentaban cada noche a su mesa. Penetración intelectual, talento periodístico, capacidad narrativa, com-

preensión de la audiencia, de la que se hacía la mejor idea para ofrecer lo mejor. Frente a tantos entregados a la espiral de la degeneración que procuran entontecer y envilecer a sus oyentes, Felipe les cultivaba su perfil ciudadano más favorable. Se fue sin hacer estruendo, como siempre. Porque cuando a determinados pardiños les sacan de un programa, todos somos advertidos de que se ha puesto en riesgo la libertad de expresión. Pero cuando se prescindía de gentes como Felipe Mellizo, ni él ni nadie formulaban reclamación alguna. Eran gajes del oficio.

Felipe Mellizo era un lector de *Lecturas no obligatorias*, como las referidas en ese volumen de la editorial Alfaviva por la premio Nobel polaca Wislawa Szymborska. Se ganó la plaza de redactor en el primer diario que le acogió escribiendo en cartas de los lectores sobre el teorema de Fermat. Lo sabía todo del ciclo artúrico y los caballeros de la Tabla Redonda. Era un gozador del lenguaje. Estaba en las antípodas del estiramiento cultista. Un narrador sin par. Un derroche de talento. Un caballero deslumbrante. Competía en otro circuito ajeno a la feria de las vanidades. Nunca se dejó deslumbrar por los prestigios del dinero atrapado. Le bastaba con lo suyo. Lo compartía con generosidad. Sobrellevaba las épocas de escasez sin alterar-

se. Gentes así apenas nos quedan. Los amigos de Enresa le dieron pan y vinagre y asiento a la lumbrera, y él correspondió brindándoles iniciativas luminosas, cuya estela se mantiene en alto. Se hizo querer sin melindres. Le quisimos como era. Que siga con nosotros. ■